

causa se engendra el amor en otro que pueda y venga á turbar el suyo. Teme, y tema el buen enamorado las mudanzas de los tiempos, de las nuevas ocasiones que en su daño podrian ofrecerse, de que con brevedad no se acabe el dichoso estado que goza: y este temor ha de ser tan secreto, que no le salga á la lengua para decirle, ni aun á los ojos para significarle: y hace tan contrarios efectos este temor del que los celos hacen en los pechos enamorados, que cria en ellos nuevos deseos de acrecentar mas el amor si pudiesen, de procurar con toda solicitud que los ojos de su amada no vean en ellos cosa que no sea digna de alabanza, mostrándose liberales, comedidos, galanes, limpios y bien criados: y tanto cuanto este virtuoso temor es justo se alabe, tanto y mas es digno que los celos se vituperen. Calló en diciendo esto el famoso Damon, y llevó tras la suya las contrarias opiniones de algunos que escuchado le habian, dejando á todos satisfechos de la verdad que con tanta llaneza les habia mostrado. Pero no se quedara sin respuesta, si los pastores Orompo, Crisio, Marsilio y Orfenio hubieran estado presentes á su plática; los cuales, cansados de la recitada égloga, se habian ido á casa de su amigo Daranio. Estando todos en esto, ya que los bailes y danzas querian renovarse, vieron que por una parte de la plaza entraban tres dispuestos pastores, que luego de todos fueron conocidos; los cuales eran el gentil Francenio, el libre Lauso y el anciano Arsindo, el cual venia en medio de los dos pastores con una hermosa guirnalda de verde lauro en las manos; y atravesando por medio de la plaza, vinieron á parar adonde Tirsi, Damon, Elicio y Erastro, y todos los mas principales pastores estaban, á los cuales con cortes palabras saludaron, y con no menor cortesía fueron dellos recibidos, especialmente Lauso de Damon, de quien era antiguo y verdadero amigo. Cesando los comedimientos, puestos los ojos Arsindo en Damon y en Tirsi, comenzó á hablar desta manera: La fama de vuestra sabiduría, que cerca y lejos se extiende, discretos y gallardos pastores, es la que á estos pastores y á mí nos trae á suplicaros querais ser jueces de una graciosa contienda que entre estos dos pastores ha nacido; y es, que la fiesta pasada Francenio y Lauso, que están presentes, se hallaron en una conversacion de hermosas pastoras, entre las cuales por pasar sin pesadumbre las horas ociosas del dia, entre otros muchos juegos ordenaron el que se llama de los propósitos. Sucedió pues que llegando la vez de proponer y comenzar á uno destes pastores, quiso la suerte que la pastora que á su lado estaba, y á la mano derecha tenia, fuese, segun él dice, la tesorera de los secretos de su alma, y la que por mas discreta y mas enamorada en la opinion de todos estaba. Llegándose pues al oido, le dijo:

*Huyendo va la esperanza.*

La pastora, sin detenerse en nada, prosiguió adelante, y al decir despues cada uno en público lo que al otro habia dicho en secreto, hallóse que la pastora habia seguido el propósito:

*Tenella con el deseo.*

Fué celebrada por los que presentes estaban la agudeza desta respuesta, pero el que mas la solenizó fué el pastor Lauso, y no ménos le pareció bien á Francenio: y así cada uno viendo que lo propuesto y respondido eran versos medidos, se ofreció de glosarlos; y despues de

haberlo hecho, cada cual procura que su glosa á la del otro se aventaje; y para asegurarse desto, me quisieron hacer juez dello; pero como yo supe que vuestra presencia alegraba vuestras riberas, aconsejéles que á vosotros viniesen, de cuya extremada ciencia y sabiduría cuestiones de mayor importancia pueden bien fiarse. Han seguido ellos mi parecer, y yo he querido tomar el trabajo de hacer esta guirnalda, para que sea dada en premio al que vosotros, pastores, viéredes que mejor ha glosado. Calló Arsindo, y esperó la respuesta de los pastores, que fué agradecerle la buena opinion que dellos tenia, y ofrecerse de ser jueces desapasionados en aquella honrosa contienda. Con este seguro, luego Francenio tornó á repetir los versos, y á decir su glosa, que era esta.

*Huyendo va la esperanza:  
Tenella con el deseo.*

GLOSA.

Quando me pienso salvar  
En la fe de mi querer,  
Me vienen luego á faltar  
Las faltas del merecer  
Y las sobras del pesar:  
Muérese la confianza,  
No tiene pulsos la vida,  
Pues se ve en mi mala andanza,  
Que del temor perseguida  
*Huyendo va la esperanza.*

Huye, y llévase consigo  
Todo el gusto de mi pena,  
Dejando por mas castigo  
Las llaves de mi cadena  
En poder de mi enemigo:  
Tanto se aleja, que creo  
Que presto se hará invisible  
Y en su lijereza veo  
Que ni puedo, ni es posible  
*Tenella con el deseo.*

Dicha la glosa de Francenio, Lauso comenzó la suya, que así decia.

En el punto que os miré,  
Como tan hermosa os vi,  
Luego temi y espere;  
Pero en fin tanto temi,  
Que con el temor quedé.  
De veros esto se alcanza:  
Una flaca confianza  
Y un temor acobardado,  
Que por no verle á su lado  
*Huyendo va la esperanza.*

Y aunque me deja y se va  
Con tan extraña corrida,  
Por milagro se verá  
Que se acabará mi vida:  
Y mi amor no acabará:  
Sin esperanza me veo;  
Mas por llevar el trofeo  
De amador sin interese,  
No querría, aunque pudiese  
*Tenella con el deseo.*

En acabando Lauso de decir su glosa, dijo Arsindo: Veis aquí, famosos Damon y Tirsi, declarada la causa sobre que es la contienda destes pastores: solo resta agora que vosotros deis la guirnalda á quien viéredes que con mas justo título la merece, que Lauso y Francenio son tan amigos, y vuestra sentencia será tan justa, que ellos tendrán por bien lo que por vosotros fuere juzgado. No entendas, Arsindo, respondió Tirsi, que con tanta presteza, aunque nuestros ingenios fueran de la calidad que tú los imaginas, se puede ni debe juzgar la diferencia, si hay alguna, en estas discretas glosas: lo que yo sé decir dellas, y lo que Damon no querrá contradecirme, es que igualmente entrambas son buenas, y que la guirnalda se debe dar á la pastora que dió la ocasion á tan curiosa y loable contienda: y si deste parecer quedais satisfechos, pagádnosle con honrar las bodas de nuestro amigo Daranio, alegrándolas con vuestras agradables canciones, y autorizándolas con vuestra honrosa presencia. A todos pareció bien la sentencia de Tirsi, los dos pastores la consintieron, y se ofrecieron de hacer lo que Tirsi les mandaba. Pero las pastoras y pastores que á Lauso conocian, se maravillaban de ver la libre condicion suya en la red amorosa envuelta; porque luego vieron en la amarillez de su rostro, en el silencio de su lengua y en la contienda que con Francenio habia tomado, que no estaba su voluntad tan exenta como solia, y andaba entre si imaginando quién podria ser la pastora que de su libre corazon triunfado habia. Quién

imaginaba que la discreta Belisá, y quién que la gallarda Leandra, y algunos que la sin par Arminda, moviéndoles á imaginar esto la ordinaria costumbre que Lauso tenia de visitar las cabañas destas pastoras, y ser cada una dellas para sujetar con su gracia, valor y hermosura otros tan libres corazones como el de Lauso; y desta duda tardaron muchos dias en certificarse, porque el enamorado pastor apenas de sí mismo fiaba el secreto de sus amores. Acabado esto, luego toda la juventud del pueblo renovó las danzas, y los pastoriles instrumentos formaron una agradable música. Pero viendo que ya el sol apresuraba su carrera hácia el ocaso, cesaron las concertadas voces; y todos los que allí estaban determinaron de llevar á los desposados hasta su casa. Y el anciano Arsindo, por cumplir lo que á Tirsi habia prometido, en el espacio que habia desde la plaza hasta la casa de Daranio, al son de la zampoña de Erastro estos versos fué cantando.

ARSINDO.

Haga señales el cielo  
De regocijo y contento  
En tan venturoso dia:  
Célebrense en todo el suelo  
Este alegre casamiento  
Con general alegría:  
En suave y dulce canto,  
Y en lugar de los pesares  
Vengan gustos á millares  
Que destierren el quebranto.  
Todo el bien suceda en cotino  
Entre desposados tales,

Tan para en uno nacidos:  
Peras les ofrezca el olmo,  
Cerezas los carrascales,  
Guindas los mirtos floridos:  
Hallen perlas en los riscos,  
Uvas les den los lentiscos,  
Manzanas los algarrobos,  
Y sin temor de los lobos  
Ensanchen mas sus apriscos.  
Y sus machorras ovejas  
Vengan á ser parideras,  
Con que doblen su ganancia;  
Las solicitudes abejas

En los surcos de sus eras  
Hagan miel en abundancia:  
Logren siempre su semilla  
En el campo y en la villa  
Cogida á tiempo y sazón:  
No entre en sus viñas pulgón,  
Ni en su trigo la neguilla.  
Y dos hijos presto tengan  
Tan hechos en paz y amor  
Cuanto pueden desear:  
Y en siendo crecidos vengan  
A ser el uno doctor,  
Y otro cura del lugar:  
Sean siempre los primeros  
En virtudes y en dineros;

Que si serán, y aun señores,  
Si no salen fladores  
De agudos alcahaleros.  
Mas años que Sarra vivan  
Con salud tan confirmada,  
Que dello pese al doctor:  
Y ningún pesar reciban  
Ni por hija mal casada,  
Ni por hijo jugador:  
Y cuando los dos estén  
Viejos cual Matusalen,  
Mueran sin temor de daño,  
Y háganles su cabo de año  
Por siempre jamas amen.

Con grandísimo gusto fueron escuchados los rústicos versos de Arsindo, en los cuales mas se alargara, si no lo impidiera el llegar á la casa de Daranio, el cual convidando á todos los que con él venian, se quedó en ella; si no fué que Galatea y Florisa, por temor que Teolinda de Tirsi y Damon no fuese conocida, no quisieron quedarse á la cena de los desposados. Bien quisieran Elicio y Erastro acompañar á Galatea hasta su casa, pero no fué posible que lo consintiese, y así se hubieron de quedar con sus amigos; y ellas se fueron cansadas de los bailes de aquel dia, y Teolinda con mas pena que nunca, viendo que en las solenes bodas de Daranio, donde tantos pastores habian acudido, solo su Artidoro faltaba. Con esta penosa imaginacion pasó aquella noche en compañía de Galatea y Florisa, que con mas libres y desapasionados corazones la pasaron, hasta que en el nuevo venidero dia les sucedió lo que se dirá en el libro que se sigue.

## LIBRO CUARTO.

Con gran deseo esperaba la hermosa Teolinda el venidero dia para despedirse de Galatea y Florisa, y acabar de buscar por todas las riberas de Tajo á su querido Artidoro, con intencion de fenecer la vida en triste y amarga soledad, si fuese tan corta de ventura, que del amado pastor alguna nueva no supiese. Llegada pues la hora deseada, cuando el sol comenzaba á tender sus rayos por la tierra, ella se levantó, y con lágrimas en sus ojos pidió licencia á las dos pastoras para proseguir su demanda; las cuales con muchas razones le persuadieron que en su compañía algunos dias mas esperase, ofreciéndole Galatea de enviar algun pastor de los de su padre á buscar á Artidoro por todas las riberas de Tajo, y por donde se imaginase que podria ser hallado. Teolinda agradeció sus ofrecimientos, pero no quiso hacer lo que le pedian; antes despues de haber mostrado con las mejores palabras que supo la obligacion en que quedaba de servir todos los dias de su vida las obras que dellas habia recibido, y abrazándolas con tierno sentimiento, les rogaba que una sola hora no la detuviesen. Viendo pues Galatea y Florisa cuán en vano trabajaban en pensar detenerla, le encargaron que de cualquiera suceso bueno ó malo que en aquella amorosa demanda le sucediese, procurase de avisarlas, certificándola del gusto que de su contento, ó la pena que de su desgracia recibirian. Teolinda se ofreció ser ella misma quien las nuevas de su buena dicha trujese, pues las malas no tendria sufrimiento la vida para resistirlas, y así sería excusado que della sabiese pudiesen. Con esta promesa de Teolinda se satis-

facieron Galatea y Florisa, y determinaron de acompañarla algun trecho fuera del lugar. Y así tomando las dos solas sus cayados, y habiendo proveido el zurrón de Teolinda de algunos regalos para el trabajoso camino, se salieron con ella del aldea, á tiempo que ya los rayos del sol mas derechos y con mas fuerzas comenzaban á herir la tierra. Y habiéndola acompañado casi media legua del lugar, al tiempo que ya querian volverse y dejarla, vieron atravesar por una quebrada, que poco desviada de las estaba, cuatro hombres de á caballo y algunos de á pié, que luego conocieron ser cazadores en el hábito y en los alcones y perros que llevaban: y estándolos con atencion mirando por ver si los conocian, vieron salir de entre unas espesas matas, que cerca de la quebrada estaban, dos pastoras de gallardo talle y brio: traian los rostros rebozados con dos blancos lienzos; y alzando la una dellas la voz, pidió á los cazadores que se detuviesen, los cuales así lo hicieron, y llegándose entrambas á uno dellos, que en su talle y postura el principal de todos parecia, le asieron las riendas del caballo, y estuvieron un poco hablando con él, sin que las tres pastoras pudiesen oír palabra de las que decian, por la distancia del lugar que lo estorbaba. Solamente vieron que á poco espacio que con él hablaron, el caballero se apeó, y habiendo, á lo que juzgarse pudo, mandado á los que le acompañaban que se volviesen, quedando solo un mozo con el caballo, trabo á las dos pastoras de las manos, y poco á poco comenzó á entrar con ellas por medio de un cerrado bosque que allí estaba: lo cual visto por

los tres pastoras Galatea, Florisa y Teolinda, determinaron de ver, si pudiesen, quién eran las disfrazadas pastoras y el caballero que las llevaba: y así acordaron de rodear por una parte del bosque, y mirar si podían ponerse en alguna que pudiese serlo para satisfacerles de lo que deseaban. Y haciéndolo así, como pensado lo habían, atajaron al caballero y á las pastoras, y mirando Galatea por entre las ramas lo que hacían, vió que torciendo sobre la mano derecha, se emboscaban en lo mas espeso del bosque, y luego por sus mismas pisadas les fueron siguiendo hasta que el caballero y las pastoras, pareciéndoles estar bien adentro del bosque, en medio de un estrecho pradecillo que de infinitas breñas estaba rodeado, se pararon. Galatea y sus compañeras se llegaron tan cerca, que sin ser vistas ni sentidas veían todo lo que el caballero y las pastoras hacían y decían; las cuales, habiendo mirado á una y otra parte por ver si podrían ser vistas de alguno, aseguradas desto, la una se quitó el rebozo, y apenas se le hubo quitado cuando de Teolinda fué conocida; y llegándose al oído de Galatea, le dijo con la mas baja voz que pudo: Extrañísima aventura es esta, porque si no es que con la pena que traigo he perdido el conocimiento, sin duda alguna aquella pastora que se ha quitado el rebozo es la bella Rosaura, hija de Roselio, señor de una aldea que á la nuestra está vecina, y no sé qué pueda ser la causa que la haya movido á ponerse en tan extraño traje, y á dejar su tierra, cosas que tan en perjuicio de su honestidad se declaran. Mas ¡ay desdichada! añadió Teolinda, que el caballero que con ella está es Grisaldo, hijo mayor del rico Laurencio, que junto á esta vuestra aldea tiene otras dos suyas. Verdad dices, Teolinda, respondió Galatea, que yo le conozco; pero calla y sosiégate, que presto veremos con qué intento ha sido aquí su venida. Quietóse con esto Teolinda, y con atención se puso á mirar lo que Rosaura hacia, la cual, llegándose al caballero, que de edad de veinte años parecia, con voz turbada y airado semblante le comenzó á decir: En parte estamos, fementido caballero, donde podré tomar de tu desamor y descuido la deseada venganza. Pero aunque yo la tomase de tí tal, que la vida te costase, poca recompensa sería al daño que me tienes hecho. Vesme aquí, desconocido Grisaldo, desconocida por conocerte; ves aquí que ha mudado el traje por buscarte la que nunca mudó la voluntad de quererte. Considera, ingrato y desamorado, que la que apenas en su casa y con sus criadas sabía mover el paso, agora por tu causa anda de valle en valle y de sierra en sierra, con tanta soledad buscando tu compañía. Todas estas razones que la bella Rosaura decia, las escuchaba el caballero con los ojos hincados en el suelo, y haciendo rayas en la tierra con la punta de un cuchillo de monte que en la mano tenia. Pero no contenta Rosaura con lo dicho, con semejantes palabras prosiguió su plática: Dime, ¿conoces por ventura, conoces, Grisaldo, que yo soy aquella que no ha mucho tiempo que enjugó tus lágrimas, atajó tus suspiros, remedió tus penas, y sobre todo la que creyó tus palabras? ó ¿por suerte entiendes tú que eres aquel á quien parecían cortos y de ninguna fuerza todos los juramentos que imaginarse podían para asegurarme la verdad con que me engañabas? ¿Eres tú acaso, Grisaldo, aquel cuyas infinitas lágrimas ablandaron la dureza del honesto corazón mio? Tú eres, que ya te veo, y yo soy, que ya me conozco.

Pero si tú eres Grisaldo, el que yo creo, y yo soy Rosaura, la que tú imaginas, cümpleme la palabra que me diste, darte he yo la promesa que nunca te he negado. Hanme dicho que te casas con Leopersia, la hija de Marcelio, tan á gusto tuyo, que eres tú mismo el que la procuras: si esta nueva me ha dado pesadumbre, bien se puede ver por lo que he hecho por venir á estorbar el cumplimiento della; y si tú la puedes hacer verdadera, á tu conciencia lo dejo. ¿Qué respondes á esto, enemigo mortal de mi descanso? ¿Otorgas por ventura callando, lo que por el pensamiento sería justo que no te pasase? Alza los ojos ya, y ponlos en estos que por su mal te miraron; levántalos, y mira á quién engañas, á quién dejas, y á quién olvidas. Verás que engañas, si bien lo consideras, á la que siempre te trató verdades; dejas á quien ha dejado á su honra y á sí misma por seguirte; olvidas á la que jamás te apartó de su memoria. Considera, Grisaldo, que en nobleza no te debo nada, y que en riqueza no te soy desigual, y que te aventajo en bondad del ánimo y en la firmeza de la fe. Cümpleme, señor, la que me diste, si te precias de caballero y no te desprecias de cristiano. Mira que si no correspondes á lo que me debes, que rogaré al cielo que te castigue, al fuego que te consuma, al aire que te falte, al agua que te anegue, á la tierra que no te sufra, y á mis parientes que me venguen; mira que si faltas á la obligación que me tienes, que has de tener en mí una perpetua turbadora de tus gustos en cuanto la vida me durare: y aun despues de muerta, si ser pudiere, con continuas sombras espantaré tu fementido espíritu, y con espantosas visiones atormentaré tus engañadores ojos: advierte que no pido sino lo que es mio, y que tú ganas en darlo lo que en negarlo pierdes; mueve agora tu lengua para desengañarme, de cuantas la has movido para ofenderme. Calló diciendo esto la hermosa dama, y estuvo un poco esperando á ver lo que Grisaldo respondía, el cual levantando el rostro, que hasta allí inclinado habia tenido, encendido con la vergüenza que las razones de Rosaura le habían causado, con sosegada voz le respondió desta manera: Si yo quisiese negar, ó Rosaura, que no te soy deudor de mas de lo que dices, negaría asimesmo que la luz del sol es clara, y aun diría que el fuego es frio y el aire duro. Así que en esta parte confieso lo que te debo, y que estoy obligado á la paga; pero que yo confiese que puedo pagarte como quieres, es imposible, porque el mandamiento de mi padre lo ha prohibido y tu riguroso desden imposibilitado; y no quiero en esta verdad poner otro testigo que á tí mesma, como á quien tan bien sabe cuántas veces y con cuántas lágrimas rogué que me aceptases por esposo, y que fueses servida que yo cumpliese la palabra que de serlo te habia dado; y tú, por las causas que te imaginaste, ó por parecerte ser bien corresponder á las vanas promesas de Artandro, jamás quisiste que á tal ejecución se llegase; ántes de día en día me ibas entreteniéndome y haciendo pruebas de mi firmeza, pudiendo asegurarla de todo punto con admitirme por tuyo. También sabes, Rosaura, el deseo que mi padre tenia de ponerme en estado, y la priesa que daba á ello; trayendo los ricos y honrosos casamientos que tú sabes, y cómo yo con mil excusas me apartaba de sus importunaciones, dándotelas siempre á tí para que no dilatases mas lo que tanto á tí convenia y yo deseaba, y que al cabo de todo esto te dije un día que

la voluntad de mi padre era que yo con Leopersia me casase, y tú en oyendo el nombre de Leopersia, con una furia desesperada me dijiste que mas no te hablase, y que me casase norabuena con Leopersia ó con quien mas gusto me diese. Sabes tambien que te persuadí muchas veces que dejases aquellos celosos devaneos, que yo era tuyo y no de Leopersia, y que jamás quisiste admitir mis disculpas ni condescender con mis ruegos; ántes perseverando en tu obstinacion y dureza, y en favorecer á Artandro, me enviaste á decir que te daría gusto en que jamás te viese. Yo hice lo que me mandaste, y por no tener ocasion de quebrar tu mandamiento, viendo tambien que cumplia el de mi padre, determiné de desposarme con Leopersia, ó á lo ménos desposarme mañana, que así está concertado entre sus parientes y los míos; porque veas, Rosaura, cuán disculpado estoy de la culpa que me pones, y cuán tarde has tú venido en conocimiento de la sinrazon que conmigo usabas. Mas porque no me juzgues de aquí adelante por tan ingrato como en tu imaginacion me tienes pintado, mira si hay algo en que pueda satisfacer tu voluntad, que como no sea casarme contigo, aventuraré por servirte la hacienda, la vida y la honra. En tanto que estas palabras Grisaldo decia, tenia la hermosa Rosaura los ojos clavados en su rostro, vertiendo por ellos tantas lágrimas, que daban bien á entender el dolor que en el alma sentia; pero viendo ella que Grisaldo callaba, dando un profundo y doloroso suspiro, le dijo: Como no puede haber en tus verdes años tener, ó Grisaldo, larga y conocida experiencia de los infinitos accidentes amorosos, no me maravillo que un pequeño desden mio te haya puesto en la libertad que publicas; pero si tú conocieras que los celosos temores son espuelas que hacen salir al amor de su paso, vieras claramente que los que yo tuve de Leopersia, en que yo mas te quisiese redundaban; mas como tú tratabas tan de pasatiempo mis cosas, con la menor ocasion que imaginaste, descubriste el poco amor de tu pecho, y confirmaste las verdaderas sospechas mías, y en tal manera, que me dices que mañana te casas con Leopersia, pero yo te certifico que ántes que á ella lleves al tálamo, me has de llevar á mí á la sepultura, si ya no eres tan cruel que niegues de darla al cuerpo muerto, de cuya alma fuiste siempre señor absoluto; y porque claro conozcas y veas que la que perdió por tí su honestidad y puso en detrimento su honra, tendrá en poco perder la vida, este agudo puñal que aquí traigo pondrá en efeto mi desesperado y honroso intento, y será testigo de la crueldad que en ese tu fementido pecho encierras. Y diciendo esto sacó del seno una desnuda daga, y con gran celeridad se iba á pasar el corazón con ella; si con mayor presteza Grisaldo no le tuviera el brazo y la rebizada pastora su compañera no agujalara á abrazarse con ella. Gran rato estuvieron Grisaldo y la pastora primero que quitasen á Rosaura la daga de las manos, la cual á Grisaldo decia: Déjame, traidor enemigo, acabar de una vez la tragedia de mi vida, sin que tantas tu desamorado desden me haga probar la muerte. Esa no gustarás tú por mi ocasion, replicó Grisaldo, pues quiero que mi padre falte ántes á la palabra que por mí á Leopersia tiene dada, que faltar yo un punto á lo que conozco que te debo: sosiéga el pecho, Rosaura, pues yo te aseguro que este mio no sabrá desear otra cosa que la que fuere de tu contento.

Con estas enamoradas razones de Grisaldo resucitó Rosaura de la muerte de su tristeza á la vida de su alegría, y sin cesar de llorar se hincó de rodillas ante Grisaldo, pidiéndole las manos en señal de la merced que le hacia. Grisaldo hizo lo mesmo, y echándole los brazos al cuello, estuvieron gran rato sin poderse hablar el uno al otro palabra, derramando entrambos cantidad de amorosas lágrimas. La pastora arrebozada, viendo el feliz suceso de su compañera; fatigada del cansancio que habia tomado en ayudar á quitar la daga á Rosaura, no pudiendo mas sufrir el velo, se le quitó, descubriendo un rostro tan parecido al de Teolinda, que quedaron admiradas de verle Galatea y Florisa; pero mas lo fué Teolinda, pues sin poderlo disimular, alzó la voz, diciendo: ¡Oh cielos, y qué es lo que veo! ¿no es por ventura esta mi hermana Leonarda, la turbadora de mi reposo? ella es sin duda alguna. Y sin mas detenerse salió de donde estaba, y con ella Galatea y Florisa; y como la otra pastora viese á Teolinda, luego la conoció, y con abiertos brazos se fueron la una á la otra, admiradas de haberse hallado en tal lugar, y en tal sazón y coyuntura. Viendo pues Grisaldo y Rosaura lo que Leonarda con Teolinda hacia, y que habían sido descubiertos de las pastoras Galatea y Florisa, con no poca vergüenza de que los hubiesen hallado de aquella suerte, se levantaron, y limpiándose las lágrimas, con disimulacion y comedimiento recibieron á las pastoras, que luego de Grisaldo fueron conocidas. Mas la discreta Galatea, por volver en seguridad el disgusto que quizá de su vista los dos enamorados pastores habían recibido, con aquel donaire con que ella todas las cosas decia, les dijo: No os pese de nuestra venida, venturosos Grisaldo y Rosaura, pues solo servirá de acrecentar vuestro contento, pues se ha comunicado con quien siempre le tendrá en serviros. Nuestra ventura ha ordenado que os viésemos, y en parte donde ninguna se nos ha encubierto de vuestros pensamientos; y pues el cielo los ha traído á término tan dichoso, en satisfaccion dello asegurad vuestros pechos y perdonad nuestro atrevimiento. Nunca tu presencia, hermosa Galatea, respondió Grisaldo, dejó de dar gusto do quiera que estuviese; y siendo esta verdad tan conocida, ántes quedamos en obligación á tu vista, que con desabrimiento de tu llegada. Con estas pasaron otras algunas comedidas razones, harto diferentes de las que entre Leonarda y Teolinda pasaban, las cuales, despues de haberse abrazado una y dos veces, con tiernas palabras, mezcladas con amorosas lágrimas, la cuenta de su vida se demandaban, teniendo suspensos mirándolas á todos los que allí estaban, porque se parecían tanto, que casi no se podían decir semejantes, sino una mesma cosa; y si no fuera porque el traje de Teolinda era diferente del de Leonarda, sin duda alguna que Galatea y Florisa no supieran diferenciarlas: y entonces vieron con cuánta razon Artidoro se habia engañado en pensar que Leonarda Teolinda fuese. Mas viendo Florisa que el sol estaba hácia la mitad del cielo, y que sería bien buscar alguna sombra que de sus rayos las defendiese, ó á lo ménos volverse á la aldea, pues faltándoles la ocasion de apacentar sus ovejas, no debían estarse tanto en el prado, dijo á Teolinda y á Leonarda: Tiempo habrá, pastoras, donde con mas comodidad podáis satisfacer nuestros deseos, y daros mas larga cuenta de vuestros pensamientos, y por agora busquemos á dó pasar el rigor de

la siesta que nos amenaza, ó en una fresca fuente que está á la salida del valle que atrás dejamos, ó tornándonos á la aldea, donde será Leonarda tratada con la voluntad que tú, Teolinda, de Galatea y de mí conoces. Y si á vosotras, pastoras, hago solo este ofrecimiento, no es porque me olvide de Grisaldo y Rosaura, sino porque me parece que á su valor y merecimiento no puedo ofrecerles mas del deseo. Ese no faltará en mí mientras la vida me durare, respondió Grisaldo, de hacer, pastora, lo que fuere en tu servicio, pues no se debe pagar con menos la voluntad que nos muestras; mas por parecerme que será bien hacer lo que dices, y por tener entendido que no ignorais lo que entre mí y Rosaura ha pasado, no quiero deteneros ni detenerme en referirlo: solo os ruego seais servidas de llevar á Rosaura en vuestra compañía á vuestra aldea, en tanto que yo aparejo en la mia algunas cosas que son necesarias para concluir lo que nuestros corazones desean; y porque Rosaura quede libre de sospecha, y no la pueda tener jamas de la fe de mi pensamiento, con voluntad considerada mia, siendo vosotras testigos della, le doy la mano de ser su verdadero esposo: y diciendo esto, tendió la suya, y tomó la de la bella Rosaura, y ella quedó tan fuera de sí de ver lo que Grisaldo hacia, que apenas pudo responderle palabra, sino que se dejó tomar la mano, y de allí á un pequeño espacio dijo: A términos me habia traído el amor, Grisaldo, señor mio, que con menos que por mí hicieras te quedara perpetuamente obligada; pero pues tú has querido corresponder ántes á ser quien eres, que no á mi merecimiento, haré yo lo que en mí es, que es darte de nuevo el alma en recompensa deste beneficio, y despues el cielo de tan agradecida voluntad te dé la paga. No mas, dijo á esta sazón Galatea, no mas, señores, que adonde andan las obras tan verdaderas, no han de tener lugar los demasiados comedimientos. Lo que resta es, rogar al cielo que traiga á dichoso fin estos principios, y que en larga y saludable paz goceis vuestros amores. Y en lo que dices, Grisaldo, que Rosaura venga á nuestra aldea, es tanta la merced que en ello nos haces, que nosotras mismas te lo suplicamos. De tan buena gana iré en vuestra compañía, dijo Rosaura, que no sé con qué lo encarezca mas, que con decirlo que no sentiré mucho el ausencia de Grisaldo, estando en vuestra compañía. Pues ea, dijo Florisa, que el aldea es lejos, y el sol mucho, y nuestra tardanza de volver á ella notada: vos, señor Grisaldo, podeis ir á hacer lo que os conviniere que en casa de Galatea hallaréis á Rosaura, y á estas, una pastora, que no merecen ser llamadas dos las que tanto se parecen. Sea como querais, dijo Grisaldo; y tomando á Rosaura de la mano, se salieron todos del bosque, quedando concertado entre ellos que otro día enviaria Grisaldo un pastor de los muchos de su padre á avisar á Rosaura de lo que habia de hacer: y que enviando aquel pastor, sin ser notado podría hablar á Galatea ó á Florisa, y dar la órden que mas conviniese. A todos pareció bien este concierto, y habiendo salido del bosque, vió Grisaldo que le estaba esperando su criado con el caballo, y abrazando de nuevo á Rosaura, y despidiéndose de las pastoras, se fué acompañado de lágrimas y de los ojos de Rosaura, que nunca dél se apartaron hasta que le perdieron de vista. Como las pastoras solas quedaron, luego Teolinda se apartó con Leonarda con deseo de saber la causa de su venida.

Y Rosaura así mesmo fué contando á Galatea y á Florisa la ocasion que la habia movido á tomar el hábito de pastora, y á venir á buscar á Grisaldo, diciendo: No os causara admiracion; hermosas pastoras, el verme á mí en este traje, si supierades hasta do se extiende la poderosa fuerza de amor, la cual no solo hace mudar el vestido á los que bien quieren, sino la voluntad y el alma, de la manera que mas es de su gusto; y hubiera yo perdido el mio eternamente, si de la invencion deste traje no me hubiera aprovechado. Porque sabréis, amigas, que estando yo en el aldea de Leonarda, de quien mi padre es señor, vino á ella Grisaldo con intencion de estarse allí algunos dias, ocupado en el sabroso ejercicio de la caza; y por ser mi padre muy amigo del suyo, ordenó de hospedarle en casa, y de hacerle todos los regalos que pudiese. Hizolo así: y la venida de Grisaldo á mi casa fué para sacarme á mí della; porque en efeto, aunque sea á costa de mi vergüenza, os habré de decir que la vista, la conversacion, el valor de Grisaldo, hicieron tal impresion en mi alma, que sin saber cómo, á pocos dias que él allí estuvo, yo no estuve mas en mí, ni quise, ni pude estar sin hacerle señor de mi libertad. Pero no fué tan arrebatadamente, que primero no estuviese satisfecha que la voluntad de Grisaldo de la mia un punto no discrepaba, segun él me lo dió á entender con muchas y muy verdaderas señales. Enterada pues yo en esta verdad, y viendo cuán bien me estaba tener á Grisaldo por esposo, vine á condescender con sus deseos, y á poner en efeto los míos: y así, con la intercesion de una doncella mia en un apartado corredor nos vimos Grisaldo y yo muchas veces, sin que nuestra estada solos á mas se extendiese que á vernos, y á darme él la palabra que hoy con mas fuerza delante de vosotras me ha tornado á dar. Ordenó pues mi triste ventura que en el tiempo que yo de tan dulce estado gozaba, vino asimesmo á visitar á mi padre un valeroso caballero aragonés, que Artandro se decia, el cual vencido, á lo que él mostró, de mi hermosura, si alguna tengo, con grandísima solicitud procuró que yo con él me casase sin que mi padre lo supiese. Habia en este medio procurado Grisaldo traer á efeto su propósito, y mostrándome yo algo mas dura de lo que fuese menester, le iba entreteniéndome con palabras con intencion que mi padre saliese al camino de casarme, y que entonces Grisaldo me pidiese por esposa; pero no queria él hacer esto, porque sabia que la voluntad de su padre era casarle con la rica y hermosa Leopersia, que bien debeis conocerla por la fama de su riqueza y hermosura. Vino esto á mi noticia, y tomé ocasion de pedirle celos, aunque fingidos, solo por hacer prueba de la entereza de su fe; y fui tan descuidada, ó por mejor decir tan simple, que pensando que granjeaba algo en ello, comencé á hacer algunos favores á Artandro, lo cual visto por Grisaldo, muchas veces me significó la pena que recibia de lo que yo con Artandro pasaba, y aun me avisó que si no era mi voluntad de que él me cumpliese la palabra que me habia dado, que no podia dejar de obedecer á la de sus padres. A todas estas amonestaciones y avisos respondí yo sin ninguno, llena de soberbia y arrogancia, confiada en que los lazos que mi hermosura habia echado al alma de Grisaldo, no podrian tan fácilmente ser rompidos, ni aun tocados de otra cualquiera belleza. Mas salióme tan al reves mi confianza, como me lo mostró presto Grisaldo, el cual can-

sado de mis necios y esquivos desdenes, tuvo por bien de dejarme y venir obediente al mandado de su padre. Pero apenas se hubo él partido de mi aldea, y apartado de mi presencia, cuando yo conocí el error en que habia caído, y con tanto ahinco me comencé á fatigar el ausencia de Grisaldo y los celos de Leopersia, que la ausencia dél me acababa, y los celos della me consumian. Considerando pues que si mi remedio se dilatava, habia de dejar en las manos del dolor la vida, determiné de aventurar á perder lo ménos, que á mí parecer era la fama, por ganar lo mas, que es á Grisaldo: y así con excusa que di á mi padre de ir á ver una tia mia, señora de otra aldea á la nuestra cercana, salí de mi casa acompañada de muchos criados de mi padre; y llegada en casa de mi tia, le descubrí todo el secreto de mi pensamiento, y le rogué fuese servida de que yo me pusiese en este hábito, y viniese á hablar á Grisaldo, certificándole que si yo misma no venia, que tendrian mal suceso mis negocios. Ella me lo concedió con condicion que trujese á Leonarda conmigo, como persona de quien ella mucho se fiaba: y enviando por ella á nuestra aldea, y acomodándome destes vestidos, y advirtiéndome de algunas cosas que las dos habiamos de hacer, nos despedimos della habra ocho dias; y habiendo seis que llegamos á la aldea de Grisaldo, jamas hemos podido hallar lugar de hablarle á solas como yo deseaba, hasta esta mañana que supe que venia á caza, y le aguardé en el mismo lugar donde él se despidió: y he pasado con él todo lo que vosotras, amigas, habeis visto: del cual venturoso suceso quedo tan contenta, cuanto es razon lo quede la que tanto lo deseaba. Esta es, pastoras, la historia de mi vida, y si os he cansado en contárosla, echad la culpa al deseo que, teniades de saberla, y al mio, que no pudo hacer menos de satisfaceros. Antes quedamos tan obligadas, respondió Florisa, á la merced que nos has hecho, que aunque siempre nos ocupemos en servirte, no saldremos de la deuda. Yo soy la que quedo en ella, replicó Rosaura, y la que procuraré pagarla como mis fuerzas alcanzaren. Pero dejando esto aparte, volved los ojos, pastoras, y veréis los de Teolinda y Leonarda tan llenos de lágrimas, que moverán á los vuestros á no dejar de acompañarlos en ellas. Volvieron Galatea y Florisa á mirarlá, y vieron ser verdad lo que Rosaura decia: y lo que el llanto de las dos hermanas causaba era que, despues de haber dicho Leonarda á su hermana todo lo que Rosaura habia contado á Galatea y á Florisa, le dijo: Sabrás, hermana, que así como tú faltaste de nuestra aldea, se imaginó que te habia llevado el pastor Artidoro, que aquel mismo dia faltó él tambien, sin que de nadie se despidiera: confirmé yo esta opinion en mis padres, porque les conté lo que con Artidoro habia pasado en la floresta: con este indicio creció la sospecha, y mi padre procuraba venir en tu busca y de Artidoro, y en efeto lo pusiera por obra, si de allí á dos dias no viniera á nuestra aldea un pastor, que al momento que fué visto, todos le tuvieron por Artidoro: llegando estas nuevas á mi padre de que allí estaba el robador tuyo, luego vino con la justicia adonde el pastor estaba, al cual le preguntaron si te conocia, ó adonde te habia llevado. El pastor negó con juramento que en toda su vida te habia visto, ni sabia qué era lo que le preguntaban. Todos los que estaban presentes se maravillaron de ver que el pastor negaba conocerte, habiendo estado diez dias en

el pueblo, y hablado y bailado contigo muchas veces, y sin duda alguna creyeron todos que Artidoro era culpado en lo que se le imputaba, y sin querer admitir disculpa suya, ni escucharle palabra, le llevaron á la prision, donde estuvo algunos dias sin que ninguno le hablase, al cabo de los cuales, yéndole á tomar su confession, tornó á jurar que no te conocia, y que en toda su vida habia estado mas de aquella vez en nuestra aldea, y que mirasen (y esto otras veces lo habia dicho) que aquel Artidoro que ellos pensaban ser él, por ventura no fuese un hermano suyo, que le parecia en tanto extremo como descubriria la verdad cuando les mostrase que se habian engañado, teniendo á él por Artidoro; porque él se llamaba Galercio, hijo de Briseno, natural del aldea de Grisaldo; y en efeto, tantas demostraciones dió, y tantas pruebas hizo, que conocieron claramente todos que él no era Artidoro, de que quedaron mas admirados, y decian que tal maravilla como la de pareceros yo á tí, y Galercio á Artidoro, no se habia visto en el mundo. Esto que de Galercio se publicaba, me movió á ir á verle muchas veces á do estaba preso; y fué la vista de suerte que quedé sin ella, á lo ménos para mirar cosas que me den gusto, en tanto que á Galercio no viere; pero lo que mas mal hay en esto, hermana, es que él se fué de la aldea sin que supiese que llevaba consigo mi libertad, ni yo tuve lugar de decírselo, y así me quedé con la pena que imaginarse puede, hasta que la tia de Rosaura me envió á pedir á mí por algunos dias, todo á fin de venir á acompañar á Rosaura, de lo que recibí sumo contento por saber que veniamos á la aldea de Galercio, y que allí le podría hacer sabidor de la deuda en que me estaba; pero he sido tan corta de ventura, que ha cuatro dias que estamos en su aldea, y nunca le he visto, aunque he preguntado por él, y me dicen que está en el campo con su ganado. He preguntado tambien por Artidoro, y hanme dicho que de unos dias á esta parte no parece en el aldea; y por no apartarme de Rosaura no he tenido lugar de ir á buscar á Galercio, del cual podría saber nuevas de Artidoro. Esto es lo que á mí me ha sucedido, y lo demas que has visto con Grisaldo, despues que faltas, hermana, de la aldea. Admirada quedó Teolinda de lo que su hermana le contaba; pero cuando llegó á saber que en el aldea de Artidoro no se sabia dél nueva alguna, no pudo tener las lágrimas, aunque en parte se consoló, creyendo que Galercio sabia nuevas de su hermano; y así determinó de ir otro día á buscar á Galercio do quiera que estuviese, y habiéndole contado con la mas brevedad que pudo Leonarda todo lo que le habia sucedido despues que en busca de Artidoro andaba, abrazándola otra vez, se volvió adonde las pastoras estaban, que un poco desviadas del camino iban, por entre unos árboles que del calor del sol un poco las defendian; y en llegando á ellas Teolinda, les contó todo lo que su hermana le habia dicho, con el suceso de sus amores, y la semejanza de Galercio y Artidoro, de que no poco se admiraron, aunque dijo Galatea: Quien ve la semejanza tan extraña que hay entre tí, Teolinda, y tu hermana, no tiene de qué maravillarse aunque otras vea, pues ninguna, á lo que yo creo, á la vuestra iguala. No hay duda, respondió Leonarda, sino que la que hay entre Artidoro y Galercio es tanta, que si á la nuestra no excede, á lo ménos en ninguna cosa se quedará atrás. Quiera el cielo, dijo Florisa,